



Colombia, en la presidencia del Consejo de Seguridad

JUAN MANUEL OSORIO

En 2011 Colombia regresó, como miembro no permanente, al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas. Una importante exaltación que simboliza un reconocimiento al manejo actual de su política exterior y que, ante todo, representa una responsabilidad de alto calado.

Los asientos en el Consejo de Seguridad se reparten por grupos geográficos y en el de América Latina y el Caribe (GRULAC) se optó hace años por elegir a los candidatos mediante consenso. En esta ocasión hubo dificultades para obtenerlo y, ante esta situación, el presidente Juan Manuel Santos planteó: “Queremos ser la voz de América Latina y el Caribe en el Consejo de Seguridad”.

Es de esperar que los países tengan una agenda propia que busquen impulsar en el Consejo de Seguridad. La agenda de Colombia, hasta el momento, no se conoció, y sus respuestas dejaron la sensación de que la participación en el órgano y el prestigio que esto representa constituían una meta y no la oportunidad para realizar una contribución que per-

La pretensión colombiana de representar a América Latina y el Caribe parecía exagerada, frente a intereses tan diversos y posturas políticas tan variadas existentes en la región.

mitiera avanzar en los temas de interés para el país. La anunciada pretensión de representar a América Latina y el Caribe parecía exagerada frente a intereses tan diversos y posturas políticas tan variadas como las existentes en la región.

Semanas antes de asumir la presidencia del Consejo de Seguridad, que tuvo lugar durante el mes de abril de 2011, el Gobierno de Colombia anunció su decisión de hacer énfasis en el tema de Haití. Esta decisión es acertada pues, ante todo, se debe a una respuesta solidaria, destinada a un país cercano, con enormes dificultades, donde la población vive un terrible drama humanitario.

Haití se puede considerar un caso de Estado fallido. Es bien conocido que se trata del país

más pobre del hemisferio occidental y uno de los más pobres del mundo. El *Informe de Desarrollo Humano 2009* lo ubica en el lugar 150 entre 177 países del mundo. De sus nueve millones de habitantes, más de 500 mil viven en áreas de tugurios de la capital, Puerto Príncipe. La miseria es extendida y más del 80% de la población sobrevive con menos de dos dólares diarios, mientras que más de la mitad lo hace en condiciones infrahumanas y de extrema pobreza. La malnutrición infantil crónica asciende al 25%, el analfabetismo ronda el 50% y la dependencia de las remesas provenientes del exterior se estima en el 40% del Producto Interno Bruto (PIB). Así mismo, el 80% del presupuesto de las instituciones gubernamentales y de inversión pública tiene como origen la cooperación internacional.

Si bien Haití ha contado con numerosa cooperación internacional, ésta no ha dado muestras de eficacia. Resulta frecuente ver los escombros de proyectos de cooperación, iniciados con buenas intenciones pero nunca terminados por haber sido mal concebidos o implementados de manera incorrecta. Por esta razón, se llega a considerar a Haití como una especie de cementerio para dichos proyectos.

Allí la corrupción ha sido de enormes proporciones y la inestabilidad política, una constante. De los presidentes de la historia republicana haitiana, muy pocos han podido terminar su mandato. Sucesivas dictaduras fueron las protagonistas sombrías hasta 1990, año en que, con la elección de Jean Bertrand Aristide, el país empezó a dar sus primeros pasos hacia la democracia. Sin embargo, Aristide sufrió un golpe militar en 1991. Ante esta situación, la Organización de Estados Americanos (OEA) y



www.redxlasalud.org

► **Arriba - Desde el Consejo de Seguridad, Colombia trabaja junto a la Misión de Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (MINUSTAH) para garantizar la seguridad y la estabilidad de la nación centroamericana**

► **Pág. 6 -En las ruinas del barrio de Bel Air, en Puerto Príncipe, habitantes locales caminan entre los escombros, luego del terremoto que tuvo lugar en enero de 2010.**

la Organización de Naciones Unidas (ONU) se comprometieron a buscar el retorno de la democracia y del mandato presidencial, algo que se hizo realidad en 1994. En 2001, después de un proceso electoral bastante cuestionado, Aristide fue elegido nuevamente como primer mandatario, pero el caos, la violencia y la poca legitimidad internacional hicieron que, de nuevo, tuviera que partir hacia el exilio.

El terremoto de 7,0 grados en la escala de Richter, acontecido el 12 de enero de 2010, dejó un balance devastador. Según las cifras anunciadas por el Primer Ministro, Jean-Max Bellerive, con ocasión del primer aniversario de la tragedia, fallecieron 316 mil personas, 350 mil quedaron heridas y más de un millón y medio perdieron sus hogares. La naturaleza cobró, en este sentido, con rigor la pobreza y la imposibilidad de prevenir, que era inexistente en Haití.

Por lo tanto, es apenas natural que, frente a la situación de Haití, se asuma una posición solidaria. Y dicha solidaridad constituye una razón de peso que, por sí misma, justifica la posición de Colombia en el liderazgo del Consejo de Seguridad. Sin embargo, existe otra consideración que cuenta con significado estratégico: el hecho de que Haití nos acerca al continente y nos permite jugar un papel importante en América Latina, buena parte de cuyos países se han comprometido con este desafío.

En 2004 el Consejo de Seguridad estableció la Misión de Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (MINUSTAH), que se instauró con una marcada participación latinoamericana. Brasil asumió el liderazgo en la movilización de los países latinoamericanos y, como mayor donante de tropas, tomó desde el comienzo el mando militar. De la dirección política se responsabilizaron, inicialmente, el chileno Juan Gabriel Valdés y, con posterioridad, el guatemalteco Edmond Mulet, quien hoy ejerce como Subsecretario General para Operaciones de Paz. Mulet regresó a la dirección de la MINUSTAH con el encargo de reemplazar a Hédi Hannabi, quien falleció junto con toda la cúpula de la Misión durante la tragedia, para tomar el control unos días después del terremoto.

Argentina, Brasil, Chile y Uruguay realizaron un trabajo de concertación destacado. El Grupo del 2x9, conformado por los ministros de relaciones exteriores y defensa de los países

► Abajo - Tras siete años de exilio en Sudáfrica, el líder haitiano Jean Bertrand Aristide regresó a su país en 2011. Él ha representado la esperanza y el cambio, pero también la represión y el drama que ha vivido el país.

www.aristidefoundationfordemocracy.org



En 2004 el Consejo de Seguridad estableció la Misión de Naciones Unidas para la Estabilización en Haití (MINUSTAH), que se instauró con una marcada participación latinoamericana.

de América Latina que donaron tropas a la MINUSTAH, constituyó un espacio importante de acercamiento y trabajo conjunto. No resulta exagerado afirmar que los hechos anteriores representan significativos precedentes para UNASUR y para el buen rumbo de su Consejo de Defensa.

Lamentablemente, de este laboratorio de cooperación política y militar que se desarrollaba en momentos en que las tensiones de nuestro país con el vecindario se hacían más y más tirantes, Colombia estuvo ausente durante un buen tiempo. La participación del país comenzó en 2007 con la contribución de un par de policías. Hoy en día un grupo cercano a los 100 efectivos se encuentra prestando sus servicios en la Misión, que debió enfrentar los retos que presentaba el paso de un conflicto armado a un proceso de reconciliación y paz, así como de una cultura no-democrática a una sociedad democrática y de un Estado fallido a una nación-

Estado. Se centraron las prioridades en el establecimiento de un ambiente seguro, en el fortalecimiento del Estado de derecho y en la consolidación de la capacidad del Estado. En ello se iba avanzando con relativo éxito.

Sin embargo, el presidente Préval expresó ante la Asamblea General de las Naciones Unidas una frustración que, con frecuencia, planteaba internamente: “Necesitamos más tractores y menos tanques”. Así, pedía a gritos una misión que se ocupara de contribuir al desarrollo del país, que es en realidad su necesidad más sentida.

Este tipo de solicitud causó inquietud entre los funcionarios de la ONU. A ellos les preocupó que, ante la imposibilidad del Consejo de Seguridad para establecer mandatos encaminados al desarrollo, se pudiera optar por el retiro de la Misión. Por lo tanto, redoblaron esfuerzos para explicar que el desarrollo económico no está dentro de las tareas de las operaciones de mantenimiento de la paz, pero que dichas operaciones buscan la creación de un ambiente propicio para obtenerlo.

Resultaba claro que los esfuerzos de una misión de paz no podían ser exitosos sin que hubiera un mejoramiento notorio de las condiciones de vida de la población. Se trataba de una condición necesaria para lograr la estabilidad. Por lo tanto, la MINUSTAH asumía labores de coordinación de los actores internacionales comprometidos en este empeño.

El terremoto hizo más evidente y dramática la frustración. El país, ante la destrucción y la impotencia, requería una ayuda rápida y efectiva. Por Puerto Príncipe desfilaron personalidades, así como representantes de Estados, de organismos internacionales y de organizaciones no gubernamentales, quienes manifestaron su solidaridad, hicieron promesas y asumieron compromisos. En tal contexto, el Consejo de Seguridad le solicitó ayuda extraordinaria a la comunidad internacional. El Enviado Especial de la ONU para Haití y expresidente de los Estados Unidos, Bill Clinton, parecía ser el indicado para impulsar la movilización. Aún así, la respuesta resultó ser paquidérmica, insuficiente e ineficaz.

Al principio se consideró seriamente la posibilidad de que la reconstrucción fuera asumida y ejecutada en su totalidad por la comunidad internacional. La ONU, inclusive, pensó en la conveniencia de asumir facultades ejecutivas, pero esta posición encontró resistencia por parte de algunos Estados. Seguramente, en razón de que unos consideraron inconcebible marginalizar de la reconstrucción a los haitianos y que otros estimaron como excesiva tal responsabilidad en un país en donde los fracasos han sido repetidos, dicha posición fue cambiando rápidamente. La verdad es que hoy, después de más de un año, los avances han sido mínimos y el panorama, sombrío.

En el Consejo de Seguridad, Colombia parece haberse sintonizado con aquella sentida solicitud del presidente Préval. El presidente Santos, du-



Joshua Kelsey, U.S. Federal Government, public domain.

Creative Commons Attribution –Share Alike 3.0 Unported, 2.5 Generic, 2.0 Generic y 1.0 Generic license.



► **Arriba** - Considerado el país más pobre de América, en Haití la malnutrición infantil crónica asciende al 25% y el analfabetismo ronda el 50% del total de la población.

► **Izquierda** - El Gobierno colombiano asumió la Presidencia del Consejo de Seguridad de la Organización de Naciones Unidas en abril de 2011. Su principal objetivo es impulsar la reconstrucción de Haití.

rante la sesión del Consejo de Seguridad que presidió el pasado 6 de abril en Nueva York, planteó la necesidad de:

[Dar] un impulso más contundente al aspecto del desarrollo en el mandato que tiene Naciones Unidas sobre Haití y poder ayudarle con más eficacia a ese país para que pueda salir adelante después de semejante tragedia, que ya lleva más de un año después del terremoto que azotó a Haití [sic]¹.

El Consejo ha resistido los mandatos orientados hacia lo económico. Colombia no ha planteado la fórmula de cómo evolucionar hacia ellos, por lo que varios de los donantes ya han manifestado reticencias a la propuesta.

¹ www.presidencia.gov.co. Abril 6 de 2011.



James Pinsky, U.S. Navy, public domain.

► En la capital de Haití, Puerto Príncipe, las consecuencias del terremoto que tuvo lugar en enero de 2010 incluyeron miles de personas muertas y heridas, así como otras tantas que perdieron sus viviendas.

Sin embargo, es un hecho que la comunidad internacional es la única que puede responder al inmenso desafío que representa la reconstrucción y que la Misión de Mantenimiento de Paz es un importante instrumento que debe aprovechar.

El subsecretario general, Edmond Mulet, afirmó en días pasados, en entrevista con EL TIEMPO.COM, que:

[...] el Consejo de Seguridad no tiene otro instrumento para ayudar a un país que, hay que decirlo, es un Estado fallido. Es importante entender que la MINUSTAH es la columna vertebral que permite que otros hagan su trabajo de desarrollo. Estamos ahí para garantizar seguridad y estabilidad. Las misiones de mantenimiento de paz no somos agencias de desarrollo, ni creo que podamos convertirnos en ellas. Ése no es nuestro mandato. Los presupuestos para la seguridad y el desarrollo de la ONU están bien demarcados y los donantes no quieren ver duplicidad².

Colombia ha dado un paso importante poniendo de nuevo a Haití en la agenda. Allí podrá asumir un papel de liderazgo en el gran desafío que representa una reconstrucción que aún parece lejana, cuando está por llegar un nuevo Gobierno. Este evento representa la oportunidad de trabajar de la mano de una autoridad legítimamente constituida. Para los optimistas, abre incluso una ventana de oportunidad para el despegue. Ilusión esquiva, ya varias veces en vano experimentada.

Mulet, en la mencionada entrevista, deja ver cómo en la práctica de alguna medida se ha venido avanzando:

² Entrevista a Edmond Mulet. El Tiempo. Abril 10 de 2011.

Después del terremoto, el Consejo de Seguridad autorizó un aumento de tropas y lo que estamos haciendo, por ejemplo, es solicitar unidades de ingeniería. No más infantería, hemos dicho. Las tropas están recogiendo escombros. Están acondicionando los terrenos de las escuelas para que UNICEF pueda instalar sus carpas temporales para las escuelas [sic]. Están manteniendo las carreteras. Esto es una fase nueva en una misión de mantenimiento de paz. Creo que el Consejo de Seguridad debe entender que las condiciones cambian de país a país y adaptar sus mandatos³.

Desde antes del terremoto, en la MINUSTAH se había identificado la necesidad de lanzar un ambicioso programa de asistencia, coordinado y articulado alrededor de tres ejes principales: el aumento de una asistencia humanitaria eficaz; el apoyo a los esfuerzos de viabilidad económica, con la creación de empleos de alta intensidad de mano de obra; y una respuesta efectiva que responda a largo plazo a los requerimientos de la reconstrucción.

Por supuesto, hoy en día la propuesta parece insuficiente, pues las necesidades son exponencialmente mayores. Pero, si al menos se lograran implementar las metas planteadas antes de la catástrofe, se daría un gran salto en las acciones. Para contribuir a ello, Colombia debe desarrollar su propuesta: impulsar y realizar hechos concretos que contribuyan, de manera efectiva, al esfuerzo que por años han venido haciendo nuestros vecinos. Ésta será la manera de evitar que en la presidencia del Consejo de Seguridad no sólo queden como recuerdo las palabras que pronunció Juan Manuel Santos el día en que el país asumió dicho cargo.

JUAN MANUEL OSORIO es abogado de la Universidad del Rosario, con Maestría en Derecho Económico de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Ha trabajado con la Organización de Estados Americanos (OEA) como observador de derechos humanos y con la Organización de Naciones Unidas (ONU) como oficial electoral de la Misión de la ONU en Timor Oriental. También trabajó en el Ministerio de Relaciones Exteriores como encargado de la Dirección General de Asuntos Especiales y de la coordinación del Área de Derechos Humanos; y en el Ministerio de Defensa como subdirector de Asuntos Políticos. En la actualidad es el Decano del Programa de Relaciones Internacionales de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

³ *Ibíd.*